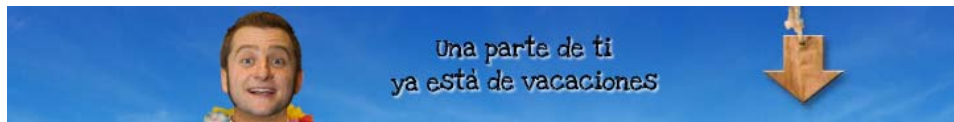


PUBLICIDAD



Números anteriores
Edición PDF
Descargar índice

Buscador avanzado

Buscar

Los cuerpos del tiempo

Libros Por José María Pozuelo Yvancos.

20 DE JUNIO DE 2009 - NÚMERO: 908

Vota:

Resultado:



Tamaño del texto



Cada día se confirma que la literatura que publican algunos sellos pequeños está siendo muy esmerada, en belleza de edición, pero también en lo cuidado de su catálogo. Quizá porque no pueden permitirse los baches (tantas veces excesivos) de los grandes. La colección de narrativa de El Olivo Azul reúne títulos de Marcel Schwob, Arthur Schnitzler, varios de Joseph Conrad o de Chesterton. Y es Gabriel Sofer el primer autor español que publican. Ello, y el aviso de amigos, me ha llevado a este libro, cuyo autor, pese a ser bastante joven (nació en 1970), exhibe una insólita madurez, quizá deudora de una peripecia vital poco común (los diez últimos años reside en Brooklyn, Nueva York, pero antes fue becario de Matemáticas en Oxford). Ciertamente, a este libro de relatos se le nota una rara madurez, no porque alguien a los cuarenta años no pueda tenerla, sino porque resulta insólita en un primer libro, si dejamos fuera dos o tres cuentos menos afortunados de un conjunto de diecinueve, lo cual lo convierte en un volumen muy recomendable.

En la estela de Kafka. Hay otra condición que asimismo es rara: que la cuestión judía nutra buena parte de las narraciones, incluso algunas de las mejores; tal cosa es ya muy difícil, dado que en la literatura centroeuropea y norteamericana (dejo fuera la hebrea) hay autores de primera fila que han puesto el listón muy alto. Me refiero, claro está, a Kafka, pero mucho más a Salinger o Isaac Bashevis Singer, y otros que la impagable ventana de Mercedes Monmany nos muestra con frecuencia. En la primera sección del libro hay varios cuentos que siguen tal tradición, con acentos muy variados, sin que falte, como ocurre en «Una cena de Pascua», la ironía.

Comienza la serie con las vicisitudes, que parecen de novela griega, albergadas en la historia de Sarah Simon, protagonista del relato que da título e inicio al libro, y con las del que considero uno de los mejores: «Silencio», en el que Matías Peres sobrevive a la pesadilla del final de un gueto (podría ser el de Varsovia). Este cuento, que recorre minucioso sus movimientos, en cierto modo se ha visto anunciado por la emocionante vivencia del que le precede, «El incendio de Homero», de igual situación extrema. En él, un viejo y su perro (Priamo) están a punto de morir de frío y únicamente las hojas quemadas de un ejemplar de la Iliada de Homero (sinécdoque de la de la literatura) les salvan.

Lo simbólico y lo mítico. Las de Gabriel Sofer son historias que no podrían haberse contado igual por quien no fuese muy lector de maestros educados en la estirpe de lo simbólico y mítico. Así lo hace la formidable y justamente elogiada por Luis Alberto de Cuenca en el prólogo «Una historia infantil», donde, con la alada gracia de una íntima comunicación de abuelo y nieta, se recorre hermosamente el mundo sin salir del barrio, con solo escuchar historias.

Podría seguir enumerando relatos que me han emocionado, pero más por haber percibido la grandeza que esconde una economía de medios y la eficacia de la elipsis, que por ese tipo de emoción facilona a la que se entregan tantos con historias dramáticas, por ejemplo la de la Shoah, tragedia que, de tan narrada, hay que saber decirla. Hay otra condición de la que varios cuentos se benefician, pero que voy a concentrar en el titulado «Memoria del Inquisidor Guevara»: la distancia; la de preguntarse por el lado no visto de un personaje, que sería fácilmente zaherible, pero que resulta eficazmente entrevistado en su íntima zozobra. Quizá mucho de cuanto logra Sofer en el conjunto de los cuentos se deba a que ha elegido para narrar un espacio de tres o cuatro páginas, que lo alejan del microrrelato, pero que contienen el mismo desafío que el soneto supone para un poeta. Más versos no necesita, igual que más páginas habrían estorbado mucho de lo conseguido en estos relatos.

Hay una última condición, ésta estilística: la sobriedad a la que le obliga el presente histórico. Incluso cuando lo que se elige narrar es una historia potencialmente extensa, queda austeramente recortada por ese escalpelo de la sobriedad verbal, muy eficaz. Como he dicho que había un par de cuentos menos logrados, me veo obligado (creo que el autor lo merece) a decir cuáles y por qué: «El grito» y «La iluminación», en los que ha huido de esa contención. Pero ya digo que es raro que le ocurra. El libro me parece de inusual calidad.

INSERTA TU COMENTARIO

PARSHIP.es

PERSONALIDAD

HÁBITOS

INTERESES

Haz GRATIS el Test de Personalidad

0% COMPATIBILIDAD

RSS



Comparte

